

los caminos de Dios son misericordia y verdad (1).

¿Veis la bella hija de Joaquin y Ana, rebo-
candor y hermosura? Pues bien; el cielo se unirá á
la tierra, el Eterno Padre no dará á su Hijo, Este no
recibirá nuestra carne, el Espíritu Santo no veri-
ficará el portentoso de la union hipostática si ella no
da su consentimiento para ello.

Llega el momento de la realizacion de las grandes
misericordias, y el enviado celestial que se presenta
ante María para anunciarla la nueva de su materni-
dad divina, la dice que ha hallado gracia en los ojos
del Señor: *Invenisti gratiam*. ¿Qué gracia? pregunta el
Padre San Bernardo. Y se contesta de este modo: En-
contraste lo que deseabas, lo que nadie antes que tú
pudo hallar: encontraste la gracia en la presencia del
Señor. ¿Qué gracia? La paz entre Dios y el hombre,
la destruccion de la muerte y la reparacion de la
vida (2).

Yo desearia ser escuchado en este momento por
los enemigos del culto de María, por los que hacen
objeto de su sarcasmo al vernos postrados ante su
Imágen, y se mofan de la confianza que fundamos
en conseguir por ella el remedio de todos los males
y principalmente de la calamidad que al presente nos
aflije. Creo que al fin tendrían que convenir en la
justicia de nuestros ruegos, en la rectitud de nuestras
intenciones y en lo fundado de nuestra confianza.

Fijaos en el momento solemne en que el ángel
del Señor está en presencia de María, despues de ha-

(1) Psalm. XXIV, v. 10.

(2) *Invenisti quod querebas, quod nemo ante te potuit invenire; invenisti gratiam apud Deum. ¿Quam gratiam? Dei et hominum pacem, mortis destructionem, vitæ reparationem. S. Bern., Hom. 3 super Missus.*

berle explicado el misterio que por obra del Espíritu
Santo ha de obrarse en ella, esperando á que preste
su consentimiento. El universo entero, puede decirse
que fija en ella su mirada. Habla, pues, oh María,
esclama San Bernardo. El ángel espera tu respuesta,
y mas la esperamos nosotros ya condenados á muer-
te (1). María pronuncia el venturoso *fiat*, y en el mo-
mento el Verbo se hace carne y habita entre nosotros
para salvarnos.

¿No nos demuestra esto suficientemente que María
es siempre el instrumento de las misericordias del
Señor para con las criaturas? ¿No vemos claramente
demostrado que la idea de María no puede separarse
de la idea de las bondades de Dios para con nosotros?
¿Cómo, pues, no hemos de acudir á ella en nuestras
necesidades? ¿Cómo no hemos de tener una fundada
confianza en que saldremos hoy socorridos de su pre-
sencia? No lo dudeis, mis amadísimos hermanos:
nuestras súplicas serán favorablemente despachadas
por su mano: Dios nos mirará con ojos de piedad, y
merced á una benéfica lluvia, veremos reverdecer
nuestros campos y serán satisfechas y colmadas nues-
tras esperanzas.

¿Quereis aun mayor número de pruebas? Pues
dirigios con vuestra imaginacion al Calvario, y allí
donde se consuma la grande obra de la misericor-
dia, muriendo Jesucristo entre los mayores tor-
mentos por salvarnos encontrareis á María. Tam-
bien allí es instrumento de esta misericordia. ¿De
qué modo? Cumpliendo su mision divina. No es la
mujer que cae en el abatimiento y en la desespe-

(1) S. Bernard. Hom. 4. super Missus.

racion al ver morir en un patíbulo al hijo de sus entrañas sin poderle socorrer. Es sí la mujer fuerte, la heroína mas sublime que vieran los siglos; es la Madre de Jesus, que cual sacerdotisa, ofrece al Eterno Padre aquella Hostia pura, santa é inmaculada, obediente á las disposiciones de Dios, sufre, padece en su corazon los mas crueles tormentos, pero no prorumpe una palabra de queja. Sabe que sin la muerte de su Hijo en vano esperaria el mundo su salvacion, y se conforma. Ve prolongarse su agonía, sin serle posible recoger en su pecho sus últimos suspiros, le vé pendiente de la Cruz y no puede abrazarle. Pero en aquellos momentos solemnes de las grandes misericordias, Dios pone en mano de esta Madre singular el precio de la salud del género humano (1). Jesucristo va á espirar y hace saber á Juan para que este á su vez lo diga al mundo que por las manos de María, harán fructuosos para sí los hombres los frutos de la Redencion: que por ella y solo por ella, dispensará en adelante sus misericordias á los pecadores. ¡Oh qué breves palabras usa para esta demostracion! ¡Hé ahí á tu Madre!... ¡Hé ahí á tu Hijo!... ¿A qué esta maternidad, á qué esta filiacion, si María no hubiera de ser el consuelo de la mísera humanidad? A ella le está confiado el cargo sublime de merecerse el trono del Eterno, para rogar por los pecadores, porque los pecadores son sus hijos. Sí, cristianos, somos hijos de María y María todo lo puede porque nada le es negado, y nos ama, y su único deseo, su idea acariciada, su anhelo constan-

(1) S. Bern. Serm. de Nat. Virg. *quæsi* *et* *obtinuit* *imo* *salus* *omnium* *per* *ipsam* *facta* *est*; unde et nudi salus dicta est. Ric. á San Vicente, cap. 26 in Cant.

te no es otro que favorecernos y alcanzarnos las misericordias del Señor. Nuestros pecados estan delante de nuestros ojos, y nuestras propias miserias no nos dejan llegar hasta el Señor, pues tememos con justa razon la repulsa á que nos hemos hecho acreedores. Pues bien ¿por qué no hemos de llegar á María? Verdad es que es Madre de Dios, pero es tambien Madre nuestra, y una madre no oye llorar á sus hijos sin acudir á consolarlos. Si ella ha estado siempre como asociada á las misericordias del Señor, si ha sido el instrumento de sus bondades para con las criaturas ¿no nos escuchará en el dia de la calamidad? ¿No atenderá á nuestras súplicas? La sola duda le ofenderia, y seria una demostracion de que no conociamos los tiernos sentimientos de su corazon amante por los pecadores. Oid, señores, las sublimes espresiones de Ricardo de San Victor: «María desea la salud de todos, la buscó y la obtuvo; por ella vino la salud á todos y por esto es llamada con razon la salud del mundo (1).» Luego que Jesus hubo sido descendido de la cruz, fué depositado en brazos de su Madre. ¿Y para qué? «Para que sepa el hombre, dice un sabio escritor, que en manos de María está la prenda de la Redencion, el precio del rescate y el bálsamo de salud. Por esto quiere, en fin, exaltar á María sobre todo lo criado, y la sienta en trono de gloria junto al de su Hijo, y hace que el cielo y la tierra la aclamen Reina y Madre de misericordia (2).»

(1) *Omnium salutem desideravit, quæsi, et obtinuit, imo salus omnium per ipsam facta est; unde et nudi salus dicta est. Ric. á San Vicente, cap. 26 in Cant.*

(2) D. Benito Saez y Flores. Plática del Corazon de María.

María, siempre inspirada divinamente, penetró un día por medio de las generaciones, y parece que resonaron en sus oídos las aclamaciones que en la serie de los siglos la había de tributar el cristianismo. *Bienaventurada me llamarán todas las generaciones* (1) dijo en presencia de su parienta Santa Isabel. Esta bellísima profecía de la Virgen, se ha cumplido á través de los tiempos sin interrupción de ninguna clase. Los géneos mas privilegiados han visto en ella el conducto de las misericordias divinas y han conocido la necesidad de amarla. Y se cumplió la profecía, no como quiera, sino desde aquel mismo instante en que fuera pronunciada. La familia de María era compuesta de Santos: sus padres, santos, habían bajado al sepulcro; pero José, su Esposo, Zacarías, Isabel, y mas tarde Juan Bautista, no podían menos de bendecirla, conociendo las magnificencias que en ella había obrado el Omnipotente. Mas tarde, una piadosa mujer que oye la predicación de Jesucristo, bendice el vientre que le llevó y los pechos que alimentaron (2). Los apóstoles amaron y colmaron de bendiciones á María, distinguiéndose entre todos el *Aguila de los Evangelistas*, que fué el mas amado del Señor y el que mas amó á su Madre.

San Pedro consagró el primer templo á María en Trípoli, y San Dionisio Areopagita escribía una carta á San Pablo, en la que manifiesta su tierna piedad á la Purísima Virgen.

La Iglesia universal la nombra despues de Dios en el *confiteor*, haciendo conmemoración de ella en el

(1) Luc. cap. I, v. 48.
 (2) *Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quæ suxisti.* Luc. capitulo XI, v. 27.

Cánon de la misa, y declara hacer la *oblacion en honor de la Bienaventurada Virgen María*. Los mas ilustres Pontífices la han honrado con el culto mas especial, y los Padres han agotado el caudal de su elocuencia en bendecirla, en cantar sus alabanzas, en persuadir en suma á los fieles cuán importante es y de cuán felices resultados la tierna y afectuosa devoción de María Santísima. Y este entusiasmo por sus glorias, data desde la cuna misma del cristianismo. San Ignacio en el siglo I, en el II San Ireneo, de quien son estas enérgicas espresiones: *Uti Virginis Evæ Virgo Maria feret advocata*. En el III San Dionisio, primer obispo de la Francia: en el IV los Atanasios, los Basilio, los Gregorios Naciancenos, los Ambrosios, Gerónimos, Agustinos y otros, y todos los demas Padres de los siguientes siglos que seria prolijo enumerar, y multitud de escritores han agotado sus talentos en honra de María. Entre todos descuellan á mi modo de ver, San Cirilo de Alejandría, que en la ilustre asamblea de Efeso defendió contra Nestorio la Maternidad divina de María; San Bernardo cuyos escritos rebosan dulzuras incomparables, y San Ildefonso, arzobispo de Toledo, que recibió de sus virginales manos el precioso don de una casulla para que la usase en sus festividades.

Pues, bien, señores, parece que no han muerto estos denodados campeones de la verdad. Sus palabras, sus elevados conceptos, sus ideas sublimes, se repiten cada día desde estas sagradas cátedras, porque los que las ocupamos acudimos á tan puras y cristalinas fuentes en busca de doctrina para instruir á los fieles y alentarlos en la devoción de la Santísima Virgen. Es imposible, dice uno de los su-

blimes ingenios que acabamos de nombrar, que pe-
rezca el devoto de María. Y el Padre San Bernardo
asegurando que no es posible salir desconsolado de
la presencia de tan bondadosa Madre, esclama: «No
se acuerde mas de María ni invoque su nombre el
que por ella no haya sido atendido.» Habla el San-
to en el concepto de que las peticiones hayan ido
acompañadas de buenas disposiciones.

Ahora bien, mis amadísimos hermanos; si el po-
der de María es extraordinario porque el Señor no le
niega ninguna de sus peticiones: si nos ama extraor-
dinariamente: si la Iglesia nos enseña como habeis
oído que por ella alcanzamos la salud: si los Padres
y Doctores estan todos conformes en que por María
hemos de llegar á Jesus, y conseguir las gracias y
misericordias del Señor, ¿no será fundada la confian-
za que en ella depositamos en la calamidad que nos
afige? Oidla, que con el acento del amor y de la
compasion, nos está diciendo: «Venid á mi todos
los que estais cargados y atribulados, y yo os ali-
viaré: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis,
et ego reficiam vos.*»

Aquí, pues, nos teneis Virgen Santísima postra-
dos á vuestros piés. Conocemos que padecemos porque
hemos pecado: que la calamidad que nos afige es
un justo castigo por nuestras culpas. Pero si con
nuestra conducta hemos provocado las iras del Eter-
no ¿á quién sino á Vos hemos de recurrir? Nuestras
lágrimas sean testimonio de nuestro arrepentimien-
to. Interceded en nuestro favor, no acordándoos de
nuestras pasadas infidelidades, sino de que somos vues-
tros hijos y que os invocamos como Madre. Confia-
mos en Vos porque sois una Madre tan buena y tan

cariñosa que no podeis menos de compadeceros de
nuestras miserias. Haced, Virgen Inmaculada, que
sea borrado el decreto de nuestro castigo y que las
nubes dejen caer sobre nuestros campos la apete-
cida lluvia que nos libraré de tantas calamidades co-
mo nos amenazan. No nos moveremos de vuestra
presencia mientras tanto no nos otorgueis la gracia
que os pedimos. Pero ¡ay mis hermanos! ya pode-
mos retirarnos al seno de nuestras familias porque
la Tesorera de las Divinas misericordias escucha
nuestras súplicas é intercede por nosotros.

Adios, Bienaventurada Madre nuestra, que pron-
to volvamos á rendiros gracias por el favor que nos
otorgais, y que en recuerdo de vuestras piedades os
bendigamos siempre en la tierra y gocemos de vues-
tra vista en el cielo. *Amen.*

Católicos ¡Gloria á Dios! ¡Gloria á la Santísi-
ma Virgen, cuyas piedades acordamos de esperimen-
tar una vez más! ¿Qué habiérá sido de nosotros si
esta cariñosa Madre no hubiese escuchado nuestras
súplicas y las hubiese presentado ante el trono de
Jehová? Seguramente hubiésemos perecido; pro-
nunciada estaba la sentencia, y levantado sobre
nuestras cabezas el brazo de la Justicia Divina.
Mas de amargura vinieron á turbar nuestra habi-
tud tranquilidad y á hacernos temer por nuestra
existencia. A través de tanta calamidad, ¡buen-
damos una mano salvadora, y fijamos nuestra vista
en la criatura feliz y bienaventurada que dió á